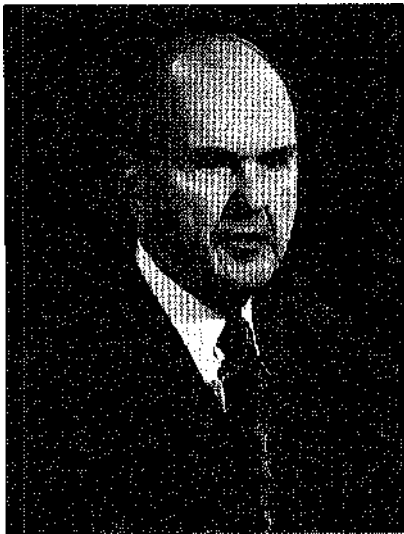


"Llena nuestro corazón de tolerancia y amor"

Elder Russell M. Nelson
Del Quorum de los Doce Apóstoles

"La intolerancia siembra la contención; pero la tolerancia elimina la contención y es la llave que abre la puerta al entendimiento mutuo y al amor."



Queridos hermanos y hermanas, deseo unirme a mis hermanos al hacer extensivos mis saludos de Pascua de Resurrección a cada uno de ustedes, y expresar mi agradecimiento por la Expiación de Jesucristo, por Su ejemplo y por Sus enseñanzas, las que han inspirado mi discurso hoy día.

He sentido la impresión de hablar sobre el tema de la tolerancia, una virtud muy necesaria en nuestro turbulento mundo, pero al analizar este tema debemos reconocer desde el principio que existe una diferencia entre *tolerancia* y *tolerar*. Su amable tolerancia de las creencias o prácticas de otra persona no le concede a ésta el derecho de hacer lo malo: ni la tolerancia suya le obliga a usted a tolerar la mala

conducta de otros. Esta diferencia es fundamental para entender esta virtud importantísima.

Asistí hace algunos meses a un "laboratorio de tolerancia" cuando tuve el privilegio de participar en el Parlamento de las Religiones del Mundo. Allí conversé con buenos hombres y mujeres que representaban muchos grupos religiosos. Nuevamente capté las ventajas de la diversidad étnica y cultural y reflexioné una vez más sobre la importancia de la libertad y tolerancia religiosas.

Me maravillé ante la inspiración del profeta José Smith al redactar el undécimo artículo de fe: "Reclamamos el derecho de adorar a Dios Todopoderoso conforme a los dictados de nuestra propia conciencia, y concedemos a todos los hombres el mismo privilegio: que adoren cómo, dónde o lo que deseen".

Esa expresión noble de tolerancia religiosa es conmovedora ante la persecución personal que sufrió el Profeta. En una oportunidad el escribió: "En este momento soy el hombre más perseguido de la tierra, como lo es también este pueblo... todos nuestros derechos sagrados son hollados bajo los pies de la chusma" (*History of the Church*, 5:157).

José Smith sufrió la persecución incesante y finalmente el doloroso martirio a manos de los intolerantes. Este hecho brutal se levanta como un rígido recordatorio de que nosotros

jamás debemos ser culpables de *ningún* pecado cosechado por la semilla de la intolerancia.

DOS GRANDES MANDAMIENTOS DE AMOR

Al venerado Profeta se le reveló la plenitud del evangelio; le instruyó el Cristo resucitado; enseñó las doctrinas que enseñó el Señor, incluso aquellas que Él dio como respuesta a las preguntas de un abogado exigente.

"Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?"

"Jesús le dijo: Amarás a! Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

"Este es el primero y grande mandamiento.

"Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

"De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mateo 22:36-40; véase también Juan 13:34-35; 15:12, 17; Romanos 13:8; I Tesalonicenses 3:12; 4:9; I Pedro 1:22; I Juan 3:11, 23; 4:7, 11-12; 2 Juan 1:5).

Así, nuestras prioridades en esta vida son amar a Dios y amar a nuestros semejantes. Esto incluye en general a los semejantes en nuestra propia familia, en la comunidad, en la nación y en el mundo. La obediencia al segundo mandamiento facilita la obediencia al primer mandamiento. "Cuando os halláis al servicio de vuestros semejantes, sólo estáis al servicio de vuestro Dios" (Mosiah 2:17).

AMOR PATERNO

El concepto es fácil de entender para las madres y los padres; el amor paternal incluye el agradecimiento por el servicio que hayan dado a los hijos, en especial en los momentos de necesidad.

Hace poco me hizo gracia que una de nuestras hijas mayores nos confiara que siempre había creído que ella era la consentida del papá. Se sorprendió ella más tarde al descubrir



que sus ocho hermanas abrigaban ese mismo sentimiento. Sólo cuando se convirtieron en madres pudieron darse cuenta de que rara vez los padres tienen un hijo favorito. (A propósito, nuestro único hijo varón nunca tuvo que preocuparse quién era nuestro hijo favorito.)

Nuestro Padre Celestial también ama a todos Sus hijos. Pedro enseñó que "...Dios no hace acepción de personas,

"sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia" (Hechos 10:34-35; véase también D. y C. 38:36, 24-26).

Sin embargo, Sus hijos pueden ser demasiado intolerantes los unos con los otros. Bandos vecinos, ya sea

que se identifiquen como grupos o pandillas, escuelas o estado, municipalidades o países, a menudo crean animosidad; y éstas son tendencias que me hacen pensar: ¿No pueden existir líneas limítrofes sin que se conviertan en líneas de batalla? ¿No puede unirse la gente para combatir la maldad que acosa a la humanidad en vez de hacerse la guerra los unos a los otros? Lamentablemente, a menudo la respuesta es negativa. Al correr de los años, la discriminación que tiene sus raíces en la identidad étnica o religiosa ha resultado en matanzas, persecuciones antisemitas y numerosos actos de absurda crueldad. La faz de la historia está marcada por las horribles cicatrices de la

intolerancia.

Qué diferente sería el mundo si todos los padres aplicaran esta instrucción inspirada del Libro de Mormón: "Ni permitiréis que vuestros hijos... quebranten las leyes de Dios, ni que contiendan y riñan unos con otros...

"Mas les enseñaréis a andar por las vías de la verdad y la seriedad; les enseñaréis a amarse mutuamente y a servirse el uno al otro" (Mosiah 4:14-15; véase también Romanos 12:18).

Si hubiera esa educación, tanto los hijos como los padres se unirían para cantar: "Llena nuestro corazón de tolerancia y amor" (Himnos, N^o 102). Los hombres y las mujeres respetarían a sus vecinos y sus creencias sagradas; no se aceptarían más las bromas relacionadas con diferencias étnicas ni culturales. La voz del tolerante no habla maldad.

INDEPENDENCIA Y COOPERACIÓN

Al luchar por obtener la virtud de la tolerancia no debemos perder de vista otras cualidades importantes; la tolerancia no requiere que dejemos de lado nuestros nobles propósitos ni nuestra identidad individual. El Señor dio instrucciones a los líderes de Su Iglesia restaurada de establecer y mantener la integridad institucional, para que "la iglesia se sostenga independiente" (D. y C. 78:14).

Mientras tanto, se recomienda a sus miembros a unirse con ciudadanos con creencias afines para hacer el bien (véase Artículo de Fe 13). Estamos agradecidos por los muchos ejemplos de servicio heroico prestado durante terremotos, inundaciones, huracanes y otros desastres. Estos esfuerzos cooperativos por ayudar a vecinos en tiempos de necesidad trascienden cualquier barrera de religión, raza y cultura. ¡Esas obras buenas son el amor de los últimos días en acción!

La ayuda humanitaria que prestan los miembros de la Iglesia es extensa, abarca naciones diversas y

es generalmente anónima; sin embargo, aún así, hay muchos que se siguen preguntando por qué no hacemos más por ayudar a las innumerables causas dignas con que ellos se identifican.

Por supuesto que nos preocupa la idea de mantener una ambulancia a la espera de los que se vayan a salir del camino y caer al precipicio, pero también debemos pensar en la gran necesidad de poner barandas adecuadas en los bordes de esos precipicios. Las fuentes de recursos limitados que se necesitan para lograr un cometido superior no se pueden reducir ante los esfuerzos de rescate que sólo proporcionan un alivio temporario.

Nehemías, el profeta bíblico, debe de haberse sentido igual ante el compromiso de su importante llamamiento. Cuando le pidieron que alejara su atención de su objetivo principal, replicó: "Yo hago una gran obra, y no puedo ir; porque cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros" (Nehemías 6:3).

Felizmente, en la Iglesia rara vez tenemos que tomar ese tipo de decisiones; consideramos el amor a nuestro prójimo como una parte integral de nuestra misión. Y a medida que nos servimos los unos a los otros continuamos edificando un refugio espiritual al borde de los precipicios. Tal santuario llega a ser una bendición para el género humano; nosotros somos sólo los constructores, el arquitecto es el Dios Todopoderoso.

RESPONSABILIDADES MISIONALES

Los Santos de los Últimos Días de todo el mundo trabajan a la par, sin importar raza, color o credo, a la espera de ser buenos ejemplos dignos de emular. El Salvador dijo: "...os doy el mandamiento de que todo hombre, tanto el que sea eider, presbítero, o maestro, así como también el miembro... se dedique... a preparar y a realizar las cosas que he mandado.

"Y sea vuestra predicación la voz

de amonestación, cada hombre a su vecino, con mansedumbre y humildad" (D. y C. 38:40-41).

Esto lo debemos hacer con tolerancia. Mientras estuvimos en Rusia en junio de 1991, el eider Dallin FL Oaks y yo tuvimos el privilegio de reunimos, en ese espíritu de preparación y con sincero respeto por los líderes de otras denominaciones religiosas, con el oficial presidente de la iglesia Ortodoxa de Rusia. Nos acompañaron el eider Hans B. Ringger y el presidente de la misión, Gary L. Browning. El patriarca Aleksei fue muy amable al compartir con nosotros un tiempo memorable. Pudimos percibir las grandes dificultades que soportaron por tantos años este hombre y sus seguidores. Le agradecemos su perseverancia y su fe y luego le aseguramos de nuestras buenas intenciones y de la importancia del mensaje que estarían enseñando los misioneros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entre su pueblo. Le aseguramos que nuestra Iglesia es mundial y que honramos y obedecemos las leyes de cada país donde trabajamos (véase Artículo de Fe 12).

A todos aquellos que tengan interés en la plenitud del evangelio restaurado, sin importar la nacionalidad o las creencias religiosas, decimos lo mismo que el eider Bruce R. McConkie: "Conserven toda la verdad y todo lo bueno que poseen. No abandonen ningún principio bueno y sólido. No renuncien a ninguna norma del pasado que sea buena, justa y verdadera. Nosotros creemos toda verdad que se encuentre en cualquier iglesia en el mundo; pero también decimos esto al mundo: Vengan y participen de la luz y la verdad adicionales que Dios ha restaurado hoy día. Mientras más verdad tengamos, mayor será nuestro gozo aquí y ahora; mientras más verdad recibamos, mayor será nuestro galardón en la eternidad. Esta es nuestra invitación a los hombres y a las mujeres de buena voluntad en todas partes" (Informe de la Conferencia de Área en Tahití, marzo de 1976, pág. 31).

Cada uno de ustedes que posea un testimonio de la verdad del evangelio restaurado tiene la oportunidad de compartir este precioso don. El Señor espera que ustedes estén "siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón..." (1 Pedro 3:15).

EL BAUTISMO TRASCIENDE LAS DIFERENCIAS

En todo continente y a través de las islas del mar, los fieles se están reuniendo en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Las diferencias culturales, de idioma, de sexo y de características faciales se vuelven insignificantes a medida que los miembros se entregan al servicio de su amado Salvador. Se está cumpliendo la declaración de Pedro: "porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.

"Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Galatas 3:27-28).

Sólo al comprender la verdadera Paternidad de Dios podemos lograr una plena apreciación de la verdadera hermandad del hombre. El entendimiento inspira el deseo de edificar puentes de cooperación en vez de muros de segregación.

Nuestro Creador decretó: "...que no hubiera contenciones entre uno y otro, sino que fijasen su vista hacia adelante con una sola mira, teniendo una fe y un bautismo, teniendo entrelazados sus corazones con unidad y amor el uno para con el otro" (Mosiah 18:21; véase también 23:15; 4Neñ 1:13).

La intolerancia siembra la contención; pero la tolerancia elimina la contención y es la llave que abre la puerta al entendimiento mutuo y al amor.

RIESGOS DE LA TOLERANCIA SIN LÍMITES

Permítanme agregar una nota importante de precaución. Se podría

suponer erróneamente que sí un poquito de algo es bueno, mucho sería mejor. ¡No es así! La sobredosis de un medicamento puede ser tóxica. La misericordia sin límites podría oponerse a la justicia; de igual forma, la tolerancia, sin límites, puede llevar al libertinaje.

El Señor estableció normas para definir los límites aceptables de tolerancia. Se corre peligro cuando se desobedecen esos límites divinos. Al igual que los padres enseñan a sus hijos a no correr y jugar en las calles, el Señor nos enseñó que no debemos tolerar la maldad. "Y entró Jesús en el templo... y volcó las mesas de los cambistas" (Mateo 21:12; véase también Marcos 11:15). Aunque amaba al pecador, el Señor dijo "...no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia" (D. y C. 1:31). Su apóstol Pablo especificó algunos de estos pecados en una epístola a los gálatas, en la que incluyó "adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia,

"idolatría, hechicerías, enemistades,... iras, contiendas, disensiones, herejías,

"envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas" (Gálatas 5:19-21).

A la lista de Pablo puedo agregar la lamentable actitud del fanatismo, la hipocresía y el prejuicio. Esto también lo censuraron en 1834 los primeros líderes de la Iglesia, quienes previeron el futuro crecimiento de la Iglesia "en medio de la desaprobarción de fanáticos y las calumnias de hipócritas" (José Smith, Historia, 1:71, nota al pie de la página). El profeta José Smith rogó "para que sus prejuicios cedan ante la verdad" (D. y C. 109:56; véase también v. 70). El odio despierta rencillas (véase Proverbios 10:12) y destruye la dignidad de los hombres y las mujeres de nuestra era de luz.

La lista de Pablo incluía la "inmundicia". Como miembros de la Iglesia que tienen bajo su cuidado los santos templos, se nos manda que "no se permita entrar en [Su] casa ninguna cosa impura para profanarla" (D. y C. 109:20).



Esta asignación requiere gran entereza, como también amor. En los tiempos antiguos los discípulos del Señor "se mantuvieron firmes, y prefirieron padecer hasta la muerte antes que pecar" (Alma 24:19). En los últimos días, los devotos discípulos del Señor son igual de firmes. El verdadero amor por el pecador puede dar lugar a valientes confrontaciones, no al consentimiento. El verdadero amor no aprueba el comportamiento autodestructivo.

TOLERANCIA Y RESPECTO MUTUOS

Nuestro compromiso hacia el Salvador nos hace desdeñar el pecado, pero *guardar* Su mandamiento de amar a nuestros semejantes. Juntos vivimos en esta tierra, la que se debe cuidar, cultivar y compartir con gratitud (véase Génesis 1:28; Moisés 2:28; Abraham 4:28; D. y C. 59:15-21). Cada uno de nosotros puede ayudar a que la vida en este mundo sea una experiencia más placentera. No hace mucho, la Primera Presidencia y los Doce publicaron una declaración de la cual cito lo siguiente: "Es moralmente erróneo que una persona o grupo de personas niegue a cualquier otra su

dignidad inalienable basada en la teoría horrenda de una superioridad racial o cultural.

"Llamamos a toda la gente dondequiera que esté a comprometerse nuevamente a los ideales siempre honrados de la tolerancia y el respeto mutuos. En forma muy sincera creemos que al reconocernos los unos a los otros con consideración y compasión, descubriremos que todos nosotros podemos coexistir en forma pacífica a pesar de nuestras profundas diferencias" (véase declaración de la Primera Presidencia del 18 de octubre de 1992).

Esa declaración es una confirmación contemporánea de la súplica anterior del profeta José Smith con respecto a la tolerancia. Podemos responder en forma unánime; juntos podemos ser intolerantes ante la transgresión, pero a la vez ser tolerantes con nuestros vecinos que tengan diferencias que consideren sagradas. Nuestros queridos hermanos y hermanas de todo el mundo *son* hijos de Dios; El es nuestro Padre; Su Hijo, Jesús, es el Cristo; Su Iglesia ha sido restaurada a la tierra en estos últimos días para bendecir a todos los hijos de Dios. Y así lo testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.